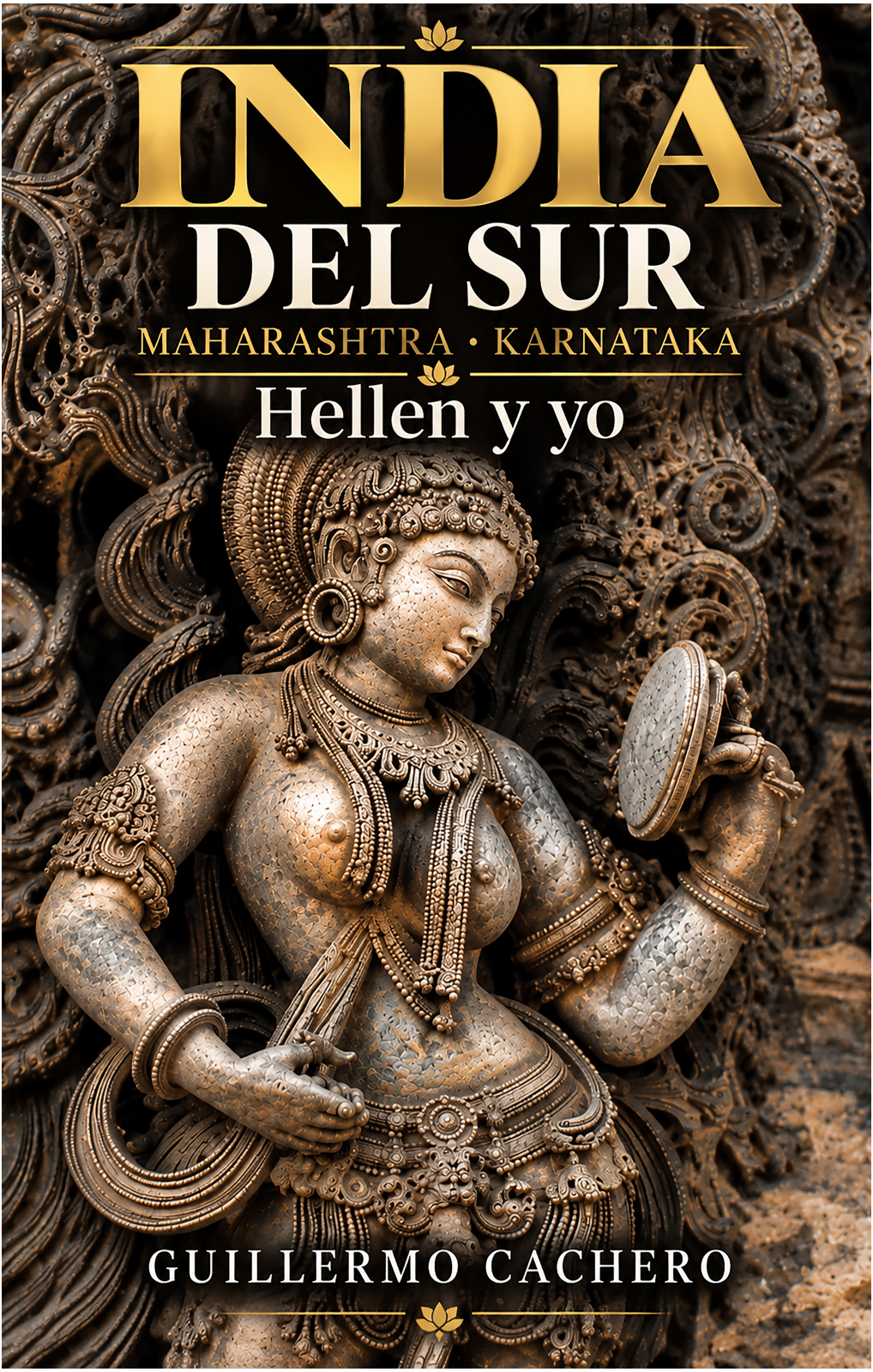
INDIA DEL SUR

MAHARASHTRA · KARNATAKA

Hellen y yo



GUILLERMO CACHERO

India del Sur: Maharastra y Karnataka

Dedicatoria

A todos esos viajeros que recorren el mundo para comprenderlo un poco mejor.

© Guillermo Cachero Martínez

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en sistemas informáticos o su transmisión por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

Nota del autor:

A través de la mirada de Marc y Hellen descubrimos una parte de la India del Sur en su recorrido por los estados de Maharashtra y Karnataka. Un viaje que nos conduce desde Bombay hasta Mysore, pasando por las extraordinarias cuevas de Ajanta y Ellora y por lugares tan fascinantes como Badami, Pattadakal o Hampi.

A lo largo del camino, ambos comparten sus impresiones, sus vivencias y su particular manera de observar un país que se revela ante ellos entre templos, ciudades, paisajes, historia y encuentros inesperados.

INDICE DE CONTENIDO

Capítulo 1: Emprendiendo el viaje

Capítulo 2: Nashik

Capítulo 3: Maharashtra

Capítulo 4: Aurangabad

Capítulo 5:Cuevas de Ajanta

Capítulo 6: Cuevas de Ellora

Capítulo 7: Karnataka

Capítulo 8: Badami

Capítulo 9: Aihole

Capítulo 10: Pattadakal

Capítulo 11: Hampi

Capítulo 12: Halebid

Capítulo 13: Belur

Capítulo 14:Shravanabelagola

Capítulo 15: Mysore

Capítulo 1

Emprendiendo el viaje

Habían pasado tres semanas desde que Hellen regresó a Londres.

Yo continuaba en Barcelona, esperando.

Durante los primeros días traté de convencerme de que todo se resolvería pronto. Sus vacaciones habían terminado y debía reincorporarse a la editorial. Su intención era presentar el reportaje que había realizado sobre nuestro viaje por la India del Norte y Rajastán y tratar de convencer a la dirección para que la contrataran como periodista de viajes.

Pero el trabajo no era lo único que Hellen debía resolver en Londres. También tenía que enfrentarse a su familia y a las consecuencias de su ruptura con George. Sus padres no habían aceptado aquella decisión y nuestra relación había terminado por complicarlo todavía más.

Durante la primera semana recibí noticias suyas. Me pedía paciencia. Intentaba poner orden en su vida, convencer a su familia de que aceptara una decisión que ya había tomado y, al mismo tiempo, abrirse camino dentro de la editorial.

Me pidió que no me diera por vencido. Que, si de verdad estaba enamorado de ella, confiara. Ella, por su parte, lucharía hasta donde fuera necesario.

«Confía en mí», escribió.

Y confié.

Pasó una semana.

Después, otra.

No volví a saber nada de ella.

Al principio procuré no conceder demasiada importancia al silencio. Imaginaba discusiones familiares, reuniones en la revista, decisiones que no dependían únicamente de su voluntad. Cada día encontraba una explicación diferente para justificar la ausencia de noticias.

Pero, mientras yo esperaba, el tiempo seguía avanzando.

Las editoriales que habían encargado mi trabajo comenzaron a reclamar una respuesta. Necesitaban saber si finalmente realizaría el reportaje. No podían mantener indefinidamente aquellas páginas reservadas para mí y, si renunciaba al viaje, tendrían que encargárselo a otro periodista.

Tenían razón. Había llegado el momento de tomar una decisión, por mucho que me costara hacerlo sin saber qué pensaba Hellen.

Aquella noche me senté a la mesa y le escribí.

«Lo siento, cariño, pero no puedo esperar más. Las editoriales necesitan saber si voy a realizar el reportaje; de lo contrario, tendrán que encargárselo a otros periodistas.

»No me queda más remedio que partir hacia Bombay.

»Ojalá puedas resolver pronto lo que te retiene en Londres y vengas a reunirte conmigo. Todavía nos queda mucho camino por recorrer juntos.

»Pero, si no puede ser, quiero que sepas que te amo y que notaré tu ausencia cada día de mi viaje».

Me quedé mirando aquellas palabras unos segundos, con la mano inmóvil, como si aún pudiera añadir algo que hiciera menos dolorosa la distancia que estaba a punto de separarnos.

Había imaginado muchas veces mi regreso a la India. Había pensado en Bombay, en las ciudades que recorreríamos, en los

templos del sur y en las costas del mar Arábigo. Me ilusionaba regresar a lugares que ya conocía y descubrir otros nuevos junto a Hellen.

Después de todo lo que habíamos vivido juntos en nuestro anterior viaje, tenía la esperanza de que también compartiríamos este.

Envié el mensaje.

Dos días después tomé el avión hacia Bombay.

Llego al mediodía, hora local, y me instalo en el Taj Mahal Palace. Frente al mar Arábigo, junto a la monumental Puerta de la India, el hotel ofrece un escenario inmejorable para comenzar esta nueva etapa. Sin embargo, ni siquiera su esplendor consigue apartar de mis pensamientos la ausencia de Hellen.

El cansancio del vuelo pide unas horas de descanso. Intento concedérselas, pero la impaciencia puede más: Bombay está al otro lado de la puerta y llevo demasiado tiempo esperando volver.

Dejo para más adelante los preparativos del coche, que ya tengo apalabrado para el resto del viaje. Como en mi anterior recorrido por el norte, quiero continuar hacia el sur por carretera. Sigue siendo, para mí, la mejor manera de conocer este inmenso país: atravesar sus ciudades y sus pueblos, detenerme donde algo despierte mi curiosidad y observar cómo cambian el paisaje y las formas de vida a medida que avanzo.

Pero la carretera puede esperar.

Ahora estoy en Bombay.

Me resulta difícil llamarla de otro modo. Aunque su nombre oficial es Mumbai, vinculado a Mumba Devi, la divinidad tutelar de la ciudad, para mí sigue siendo Bombay. Así la conocí, así he pensado en ella durante mi ausencia. El nombre consolidado bajo el

dominio británico sobrevive en mi memoria al cambio oficial de 1995.

Mumbai figuraba en los mapas. Yo acababa de regresar a Bombay.

Y lo primero que quiero es recorrerla.

Bombay es una metrópoli inmensa, uno de los grandes centros financieros, industriales y comerciales de la India. Pero esas palabras, tan habituales en las guías de viaje, apenas explican lo que significa adentrarse en ella. Para empezar a comprenderla hay que salir a la calle y acercarse a sus contrastes, a veces separados apenas por unos metros.

Junto a los edificios de oficinas, los hoteles de lujo y las viviendas de precios inalcanzables, se extienden asentamientos donde la vida transcurre en condiciones de extrema precariedad. La prosperidad de la nueva India tiene aquí una presencia rotunda; también la pobreza. Me cuesta entender cómo pueden convivir tan cerca y qué llega a saber cada una de la otra.

Bombay es, además, la gran capital del cine en lengua hindi. Aquí tiene su centro Bollywood, cuyo nombre nace de la unión de Bombay y Hollywood. Desde Occidente resulta fácil quedarse con el colorido, las canciones y las coreografías. Pero esa mirada apenas alcanza la superficie de lo que el cine significa en la sociedad india.

Sus películas llegan a públicos inmensos y viajan más allá de las fronteras del país, acompañando a las comunidades indias repartidas por el mundo. En torno a ellas circulan canciones, rostros e historias que forman parte de la vida cotidiana. Aunque las plataformas digitales transforman los hábitos de los espectadores, las salas conservan un lugar importante entre sus formas de ocio y los grandes estrenos se convierten en acontecimientos populares.

Pienso en todo ello mientras me preparo para recorrerla. Bombay merece más que una breve estancia antes de emprender la ruta hacia el sur. Es, por sí misma, una manera de reencontrarme con la India: inmensa, contradictoria, deslumbrante y, en ocasiones, difícil de comprender.

Salgo del hotel dispuesto a sumergirme de nuevo en ella.

Mi primera intención es tomar un rickshaw, pero en esta zona no se les permite circular. Recurro entonces a uno de los taxis negros y amarillos que tanto asocio con la ciudad. Le indico al conductor mi destino: Dhobi Ghat.

Quiero comenzar por uno de esos lugares que quizá no destacan por su belleza, pero permiten conocer algo de la vida que transcurre más allá de los monumentos y los grandes hoteles.

El taxi se incorpora al tráfico. Mientras avanzamos, vuelvo a sentir esa mezcla de desconcierto y curiosidad que Bombay despierta en mí. Desde la ventanilla intento seguir el movimiento de la calle, pero siempre hay algo que escapa a mi atención.

El taxi me deja junto al punto desde el que se puede contemplar el Dhobi Ghat. Desde la misma acera, el terreno desciende ante mis ojos y deja al descubierto un pequeño universo que parece escondido en las entrañas de la ciudad. Ante mí se extiende un laberinto de callejuelas, tejados de chapa, cubículos de cemento y pilas de lavado. Sobre aquel entramado, una red de cuerdas sostiene miles de prendas tendidas al sol. Muchas están agrupadas por colores y forman grandes manchas blancas, azules, rojas y amarillas que parecen flotar sobre los tejados.

Hay ropa por todas partes. También agua. Escucho su chapoteo entre las pilas, las voces de quienes se llaman de un extremo a otro y, de tanto en tanto, el estrépito metálico de un tren que pasa a escasa distancia.

A primera vista cuesta creer que semejante confusión obedezca a algún orden. Sin embargo, basta detenerse a mirar para empezar a reconocerlo.

Desde su construcción en 1890, durante el dominio colonial británico, sucesivas generaciones de dhobis han mantenido vivo el oficio en este recinto.

Pero si el lugar resulta impresionante, todavía lo es más observar cómo trabajan. Unos sumergen las prendas en el agua y las golpean contra las piedras; otros las aclaran, las escurren o las tienden. Más allá, la ropa seca pasa a manos de quienes la planchan y la clasifican. Cada pieza lleva una marca que permite identificarla y devolverla a su propietario. Para mí, aquel sistema resulta indescifrable; para ellos, es algo tan cotidiano como respirar.

Incluso quienes reparten el té se abren paso entre trabajadores, cubos y ropa tendida sin derramar apenas una gota.

Tengo ante mí una pequeña ciudad dedicada a lavar la ropa de otra inmensamente mayor.

Hasta aquí llegan cada jornada cargamentos procedentes de hogares, hoteles, hospitales, restaurantes y comercios de Bombay. Contemplo aquel océano de camisas, pantalones, sábanas, manteles y uniformes e intento seguir con la mirada el recorrido de una sola pieza. Pronto la pierdo de vista.

¿Cómo consiguen que cada una encuentre el camino de regreso?

A veces me pregunto si el sistema de castas de la India no está, en el fondo, estrechamente ligado a los oficios, tal como los entendemos en Occidente, aunque aquí la profesión haya estado condicionada durante generaciones por el nacimiento y la tradición familiar.

El oficio de los *dhobi*, históricamente vinculado a los sectores más humildes de la sociedad india, se transmite en muchas familias de padres a hijos. Lo que aprenden de niños, observando a sus mayores, acaba convirtiéndose en su medio de subsistencia.

Las jornadas en Bombay son largas y agotadoras. El calor y la humedad apenas dan tregua. Pienso también en los días del monzón y en lo difícil que debe de ser mantener una lavandería a cielo abierto en plena temporada de lluvias.

Mientras contemplo la escena, una pregunta comienza a inquietarme: ¿qué ocurriría con todas estas personas si su trabajo llegara a mecanizarse por completo?

Imagino grandes lavanderías, equipadas con lavadoras y secadoras capaces de procesar en unas horas la ropa que aquí proporciona sustento a tantas familias. Cuesta presenciar un esfuerzo tan agotador sin pensar en el alivio que supondrían esas máquinas. Pero, en esa ciudad que imagino, ¿de qué vivirían quienes ahora trabajan ante mí?

Detrás de cada pila hay una familia que depende de este oficio. No sé qué otras oportunidades tienen ni si la destreza adquirida a lo largo de los años les serviría para encontrar otro empleo.

Eso es lo que me perturba. Deseo que puedan librarse de un trabajo tan duro, pero temo que, al desaparecer ese trabajo, pierdan también su única forma de subsistencia. Lo que desde fuera parece un progreso indudable se vuelve más difícil de juzgar cuando pienso en quienes tendrían que afrontar sus consecuencias.

No encuentro respuesta.

Permanezco unos minutos más contemplando Dhobi Ghat. A lo lejos se levantan las torres de la nueva Bombay; a mis pies se extiende un mar de ropa tendida. Un tren pasa a mi espalda y su estruendo cubre por unos segundos todos los demás sonidos.

Muy cerca está la estación suburbana de Mahalaxmi. Puedo regresar al taxi y continuar cómodamente por carretera, pero decido acercarme hasta ella. Quiero seguir recorriendo Bombay en uno de los medios de transporte que marcan su ritmo cotidiano: el tren.

Además de resultar mucho más económico, viajar en tren me permite compartir, aunque solo sea durante unas estaciones, la rutina de quienes viven en Bombay.

El ferrocarril suburbano forma parte inseparable de la ciudad. Millones de personas dependen de su extensa red para acudir al trabajo, estudiar o regresar a casa. En una metrópoli que parece no terminar nunca, las vías enlazan las distancias que cada uno debe salvar a diario.

Entro en la estación de Mahalaxmi y tomo un tren de la Western Line en dirección a Churchgate.

A mi alrededor, algunos pasajeros leen el periódico; otros sostienen pequeñas bolsas o conversan mientras esperan su parada. Hay quienes permanecen en silencio, con la mirada perdida más allá de la ventanilla. En cada estación, unos bajan y otros ocupan su lugar con la familiaridad de quien conoce de memoria el recorrido.

El tren avanza hacia el sur. Al otro lado del cristal se suceden edificios, puentes, vías y calles atestadas. Apenas tengo tiempo de fijarme en algo antes de perderlo de vista.

Durante unas estaciones comparto con los demás el espacio y el traqueteo del tren. Miro por la ventanilla con la curiosidad de quien acaba de llegar y me pregunto si, de hacer este recorrido cada día, seguiría observando los mismos detalles o acabarían pasándome inadvertidos.

En Churchgate bajo del tren y tomo un taxi para llegar a mi siguiente destino.

—Victoria Terminus —le indico al conductor.

Utilizo deliberadamente el antiguo nombre. Aunque la estación se llama oficialmente Chhatrapati Shivaji Maharaj Terminus, sigo asociándola con la denominación que conocí en mis anteriores viajes. Basta pronunciarla para recordar su silueta.

El taxi se abre paso entre el tráfico hasta que la estación aparece entre los edificios. Vuelvo a sentir el asombro de encontrar un palacio allí donde uno espera una terminal ferroviaria.

Su arquitectura reúne el neogótico victoriano y la tradición constructiva india. Las obras comenzaron en 1878 y se prolongaron durante diez años bajo la dirección del arquitecto británico Frederick William Stevens. Ante mí, torretas, arcos apuntados, columnas y esculturas se distribuyen por una fachada dominada por la gran cúpula central. La mirada pasa de un detalle a otro sin encontrar dónde detenerse.

Tanta ornamentación parece excesiva para un edificio destinado a recibir y despedir trenes. Pero la antigua Victoria Terminus también expresa las ambiciones de la Bombay colonial: la riqueza de su puerto, el poder del Imperio británico y la importancia creciente del ferrocarril en el subcontinente.

Más de un siglo después, la estación conserva su actividad. Su reconocimiento como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, en 2004, no la ha apartado de la vida cotidiana.

Entro y me detengo a un lado para no entorpecer el paso.

La gente cruza el vestíbulo en todas direcciones. Algunos caminan deprisa; otros esperan o buscan su andén. Me llama la atención la seguridad con que tantos se orientan en un lugar donde yo necesito detenerme para decidir hacia dónde ir.

Pocos levantan la vista hacia la arquitectura que me retiene.

Para mí es un monumento. Para quienes pasan aquí cada día, es la estación donde deben alcanzar un tren. Me fascina esa familiaridad, la manera en que un edificio tan extraordinario puede incorporarse a la rutina hasta volverse casi invisible.

Cuando salgo, la tarde llega a su fin. La visita a Dhobi Ghat y el recorrido en tren han ocupado buena parte de las horas de luz, pero no tengo prisa por marcharme. Recuerdo la estación iluminada en otros viajes y quiero verla de nuevo al caer la noche.

Espero mientras el tráfico continúa frente a la fachada. Se suceden los taxis, suenan las bocinas y los viajeros atraviesan las puertas sin apenas interrupción.

Poco a poco, la luz del día se retira de la piedra.

Entonces se enciende la iluminación de la estación. Las torres, los arcos y los relieves adquieren una nitidez distinta; algunos detalles que antes se confundían en la fachada destacan ahora entre las sombras. El edificio cobra un aire teatral, como si acabaran de prepararlo para una representación.

Me quedo unos minutos contemplándolo. Bajo la fachada iluminada, la gente sigue entrando y saliendo, pendiente de sus horarios. Esa actividad le da al edificio algo que no encuentro en los palacios convertidos en museos: aquí todavía se viene a hacer aquello para lo que fue construido.

Antes de continuar mi camino, me vuelvo una vez más. Por un instante consigo abarcar la estación entera con la mirada. Después, un autobús se interpone y la ciudad reclama de nuevo mi atención.

Desde Victoria Terminus tomo un taxi de regreso al hotel. El largo viaje desde Barcelona y esta primera tarde recorriendo Bombay empiezan a pesarme. Ahora solo deseo cenar y dormir.

Decido quedarme en el Taj Mahal Palace. Pese a ser uno de los grandes hoteles de cinco estrellas de la ciudad, encuentro su relación entre calidad y precio excelente. La carta ofrece platos indios y continentales, y agradezco poder cenar sin tener que salir de nuevo.

Me siento a la mesa sin demasiada prisa. Es la primera pausa del día en la que nada reclama mi atención, y Hellen vuelve a mis pensamientos.

Durante las últimas horas, Bombay ha mantenido mi mente ocupada. Dhobi Ghat, los trenes suburbanos, la multitud de Victoria Terminus, su fachada iluminada… Las impresiones se han sucedido sin apenas dejar espacio para nada más.

Ahora, frente a mí, hay una silla vacía.

No puedo evitar imaginarla sentada al otro lado de la mesa, compartiendo la cena y hablando conmigo de cuánto hemos visitado.

Termino de cenar y subo a la habitación. Aunque estoy cansado, todavía me queda trabajo. Pongo a cargar las baterías de las cámaras, descargo las fotografías de la tarde y compruebo que los archivos se hayan guardado correctamente. Después abro mis notas y comienzo a escribir lo que he visto y sentido durante estas primeras horas en Bombay.

Repito esta rutina en cada viaje. Por agotado que esté, nunca me acuesto sin revisar el material del día. Las fotografías conservan las imágenes; las notas me ayudan a recordar los sonidos, las impresiones y las preguntas que me hago mientras recorro un lugar. Sé que, si lo dejo para mañana, algunos detalles se perderán o ya no encontraré las palabras para contarlo.

Antes de cerrar el ordenador, consulto el correo.

No hay ningún mensaje de Hellen.

Espero unos minutos y vuelvo a comprobarlo, aunque sé que difícilmente habrá cambiado algo en tan poco tiempo. La bandeja sigue igual.

Cierro el ordenador.

Han pasado dos días desde que le escribí para decirle que no podía seguir esperando y que partiría hacia Bombay. Sigo sin saber nada de ella.

Me acuesto e intento convencerme de que tendrá sus razones para no contestar. Pero esta noche, por primera vez desde mi regreso a la India, me pregunto si volveré a verla.

No deja de sorprenderme lo que me está ocurriendo. Después de tantos años sin pareja, convencido de que mi profesión y mi manera de vivir eran incompatibles con una relación sentimental, ahora me encuentro echando de menos a una mujer a la que, cuando la conocí, ni siquiera quería aceptar como compañera de viaje. Y, sin embargo, aquí estoy, en Bombay, sintiendo su ausencia y deseando que estuviera a mi lado.

¡Ay, el amor! ¿Quién me iba a decir que acabaría sintiéndome así?

A la mañana siguiente me levanto temprano. Después de desayunar, ya tengo decidido cómo emplear buena parte del día.

Mi primera visita será al antiguo Museo del Príncipe de Gales.

Se encuentra aproximadamente a un kilómetro del hotel, de modo que no tiene sentido tomar un taxi. Prefiero caminar.

Siempre que puedo, lo hago. Me gusta patear las ciudades.

Hay cosas que únicamente se descubren caminando: una fachada que pasa inadvertida desde un automóvil, un comercio diminuto, el olor que escapa de una cocina, una conversación escuchada al pasar o, simplemente, la manera en que una ciudad despierta y sus

calles comienzan a llenarse de vida. Para mí, caminar nunca ha sido solamente una forma de desplazarme. Forma parte del viaje.

Salgo del hotel y me encamino hacia Mahatma Gandhi Road.

En el número 159-161, rodeado de árboles y jardines, en pleno distrito de Fort, se alza uno de los grandes museos de la India occidental. Durante buena parte de su historia fue conocido como Prince of Wales Museum of Western India. Hoy lleva un nombre bastante más difícil de recordar para un extranjero: Chhatrapati Shivaji Maharaj Vastu Sangrahalaya.

El cambio de nombre parece resumir, de alguna manera, la propia transformación de Bombay en Mumbai: la voluntad de la India contemporánea de recuperar sus referentes históricos después de siglos de dominio colonial.

El origen del museo, sin embargo, pertenece precisamente a aquella época.

Su primera piedra fue colocada en 1905 por el entonces príncipe de Gales, el futuro rey Jorge V, cuya visita a la India se quiso conmemorar con la construcción del edificio. El arquitecto elegido fue George Wittet, el mismo que años después proyectaría la Puerta de la India.

Antes incluso de entrar, el edificio merece unos minutos de contemplación.

Wittet recurrió al estilo indo-sarraceno que caracterizó algunas de las grandes construcciones de la India británica, combinando influencias arquitectónicas occidentales con elementos de las tradiciones islámica e india. Una enorme cúpula domina el conjunto, atrae inevitablemente la mirada y acentúa la monumentalidad del museo.

Atravieso los jardines y me dirijo hacia la entrada.

La visita es de pago. Prefiero no indicar aquí una tarifa concreta, porque los precios y las condiciones de acceso pueden cambiar con los años. Lo mismo sucede con las normas para realizar fotografías, que también pueden haber variado desde mi visita. Por ello, antes de acudir conviene consultar la información actualizada en la página oficial del museo.

El museo abre habitualmente todos los días de 10:15 a 18:00 horas, aunque también conviene comprobar posibles cierres o modificaciones de horario.

Una vez dentro, comprendo que voy a necesitar bastante más tiempo del que había imaginado.

Sus colecciones reúnen más de setenta mil objetos y abarcan arqueología, escultura, pintura, artes decorativas, textiles, armas e historia natural, con piezas procedentes no solo de la India, sino también de otras culturas asiáticas y europeas.

Recorrer sus salas es adentrarse, una vez más, en esa extraordinaria superposición de civilizaciones que encontré durante mi anterior viaje por el país.

Me detengo ante las piezas arqueológicas de la civilización del valle del Indo. Cerámicas, sellos y otros objetos recuperados en excavaciones como las de Harappa y Mohenjo-Daro hablan de ciudades que florecieron hace más de cuatro mil años.

Siempre me han fascinado estos objetos.

No son grandes monumentos ni palacios espectaculares. Son cosas pequeñas, muchas veces cotidianas, y precisamente por eso consiguen acercarnos a las personas que vivieron miles de años antes que nosotros.

Continúo recorriendo las galerías.

Ante mí se suceden esculturas hindúes y budistas: divinidades talladas en piedra, figuras religiosas y testimonios artísticos de diferentes periodos de la historia india. Algunas piezas proceden de Maharashtra y me llevan a pensar en lugares como las cuevas de Elefanta, que todavía tengo previsto visitar.

Más adelante aparecen las miniaturas.

Aquí regreso, de alguna manera, al norte de la India que acabo de dejar atrás.

Las escuelas de Rajastán y Pahari están representadas en delicadas pinturas y manuscritos ilustrados. Escenas cortesanas, episodios religiosos y paisajes revelan una minuciosidad extraordinaria.

Me acerco cuanto puedo a algunas de estas obras.

Después de haber recorrido Rajastán, estas pequeñas pinturas ya no son para mí únicamente obras expuestas detrás de un cristal. Reconozco en ellas colores, vestimentas, palacios y escenas de lugares por los que he pasado apenas unas semanas antes.

En otra de las galerías, los textiles muestran una faceta distinta de la cultura india. Saris, tejidos ceremoniales, bordados y prendas históricas recuerdan hasta qué punto, en este país, una tela puede convertirse también en una obra de arte.

Entre las piezas más singulares se encuentra asimismo el Anwar-i-Suhayli, una versión persa vinculada a la tradición de las antiguas fábulas del Panchatantra, testimonio del extraordinario intercambio cultural que durante siglos ha atravesado el subcontinente.

Sala tras sala, los siglos parecen sucederse ante mí.

La India antigua.

Los grandes periodos hinduistas y budistas.

Los sultanatos.

El mundo mogol.

La época colonial.

Y, finalmente, la modernidad.

Entre las obras de tiempos más recientes aparece también Raja Ravi Varma, uno de los pintores fundamentales en la transición hacia el arte moderno indio. En su pintura, las técnicas occidentales se combinan con personajes, mitos y tradiciones profundamente arraigados en la cultura del país.

Cuando llevo ya un buen rato recorriendo las galerías, comprendo que este museo es mucho más que una acumulación de objetos.

Es una especie de resumen imposible de la India.

Un país demasiado extenso, demasiado antiguo y demasiado diverso para encerrarlo entre cuatro paredes y que, sin embargo, aquí intenta contar su historia a través de esculturas, tejidos, pinturas, armas, manuscritos y pequeños objetos que han sobrevivido a quienes los crearon.

Me detengo unos instantes frente a una de esas piezas.

Afuera me espera Bombay.

Pero aquí dentro el tiempo parece avanzar de otra manera.

Al salir del museo, emprendo el camino de regreso hacia el hotel, aunque todavía no tengo intención de entrar en él.

Mi siguiente destino se encuentra prácticamente a las puertas del hotel.

A escasos metros del Taj Mahal Palace, frente a las aguas del mar Arábigo, se alza la Puerta de la India. Desde allí partiré después hacia las cuevas de Elephanta, de modo que ambas visitas forman parte del mismo recorrido.

La Puerta de la India: un arco entre dos mundos

Me acerco caminando a este monumento que, en el extremo sur de Bombay, dibuja una de las siluetas más reconocibles de la ciudad.

Resulta difícil contemplarlo sin pensar en la paradoja que encierra su historia: fue concebido para celebrar la llegada de un rey británico y terminó adquiriendo un significado muy distinto.

Su construcción se proyectó para conmemorar la visita a la India del rey Jorge V y la reina María en 1911. Cuando los monarcas desembarcaron en Bombay, sin embargo, el monumento todavía no existía. La gran puerta destinada a recordar aquella llegada no quedó terminada hasta 1924.

El encargado de diseñarla fue George Wittet, el mismo arquitecto cuyo trabajo acabo de contemplar en el Museo del Príncipe de Gales. Su nombre vuelve a enlazar dos lugares de mi recorrido.

Wittet concibió un arco monumental de unos veintiséis metros de altura y recurrió de nuevo al estilo indo-sarraceno, incorporando influencias de la arquitectura de Gujarat. Levantada frente al puerto, la Puerta de la India debía ser la gran entrada ceremonial de Bombay para virreyes, gobernadores y dignatarios que llegaban por mar.

Durante años fue eso precisamente.

Una puerta de entrada al imperio.

Pero la historia acabó concediéndole un significado muy distinto. En febrero de 1948, pocos meses después de que la India alcanzara la independencia, las últimas tropas británicas desfilaron ante la Puerta de la India antes de abandonar el país.

No deja de parecerme una extraordinaria ironía de la historia: el monumento levantado para conmemorar la llegada de un

soberano británico acabó presenciando la despedida de los últimos soldados de su imperio.

Hoy, aquella solemnidad imperial ha dejado paso a una explanada llena de vida.

Turistas, familias, vendedores y viajeros se mezclan frente al monumento. Algunos se detienen para fotografiarse bajo el gran arco; otros contemplan el mar o se dirigen a los embarcaderos.

Desde aquí parten las embarcaciones hacia la isla de Elephanta, situada en la bahía de Bombay. El trayecto dura aproximadamente una hora y es la forma habitual de llegar a uno de los conjuntos arqueológicos más extraordinarios de Maharashtra.

Me acerco al embarcadero y busco la próxima salida.

Cuevas de Elephanta: el santuario donde la mitología quedó atrapada en la piedra

Subo a una de las embarcaciones y busco un lugar desde el que pueda contemplar la ciudad mientras nos alejamos.

A medida que avanzamos por la bahía, la Puerta de la India empequeñece y, junto a ella, la silueta del Taj Mahal Palace se confunde poco a poco con los demás edificios.

Me quedo mirando hacia la costa durante unos minutos.

Resulta extraño pensar que apenas una hora de navegación pueda separar dos mundos tan diferentes. Detrás queda una metrópoli de millones de habitantes, con sus trenes abarrotados, sus automóviles, sus rascacielos y ese ruido permanente que parece formar parte de su respiración. Delante me espera una isla cubierta de vegetación que guarda, desde hace más de mil años, algunos de los grandes santuarios rupestres dedicados a Shiva.

Poco a poco comienzo a distinguir Elephanta.

Su nombre original es Gharapuri, la «ciudad de las cuevas». Fueron los portugueses quienes, en el siglo XVI, la dieron a conocer como Elephanta después de encontrar cerca del desembarcadero una enorme escultura de piedra que representaba a un elefante.

El nombre sobrevivió.

El elefante, en cambio, abandonó la isla.

En 1864, durante el dominio británico, se intentó trasladar la escultura. La operación no salió como estaba previsto: debido a su enorme peso, el elefante cayó y se rompió en varios fragmentos. Las piezas fueron llevadas a los entonces Victoria Gardens de Bombay y, décadas después, en 1914, la escultura pudo ser reconstruida.

No deja de resultar irónico que, para contemplar al animal que dio nombre a la isla, haya que regresar a Bombay. Lleva más de siglo y medio fuera de Elephanta y hoy se conserva junto al Dr. Bhau Daji Lad Mumbai City Museum.

Cuando la embarcación alcanza el embarcadero, desciendo con el resto de los pasajeros.

Todavía queda camino.

Las cuevas se encuentran en lo alto de una colina y, para alcanzarlas, hay que subir una larga escalinata. A ambos lados se suceden pequeños puestos donde los vendedores ofrecen recuerdos, bebidas y toda clase de objetos a quienes emprendemos el ascenso.

Con el calor y la humedad, los escalones hacen que la distancia parezca mayor de lo que es. Pero, a medida que gano altura, la vegetación envuelve el camino y la ciudad que acabo de dejar se siente cada vez más lejana.

Finalmente llego a las cuevas.

Declaradas Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1987, constituyen uno de los grandes conjuntos del arte rupestre de la India occidental. La isla conserva testimonios arqueológicos mucho más antiguos, pero los grandes santuarios excavados en la roca que hoy contemplamos fueron realizados principalmente hacia mediados del primer milenio de nuestra era.

La más importante es la Cueva 1.

Entro.

Después de la luminosidad exterior, mis ojos necesitan unos instantes para acostumbrarse a la penumbra. Columnas talladas directamente en la roca sostienen la enorme sala y, en las paredes, figuras colosales parecen emerger de la montaña.

Aquí Shiva no aparece representado de una única manera.

Es asceta y señor de la danza.

Hombre y mujer.

Creador y destructor.

Dios y fuerza de la naturaleza.

Los grandes relieves narran distintos episodios de su mitología, pero hay una imagen que atrae inevitablemente la mirada.

Me acerco despacio.

Ante mí aparece el Sadashiva, la célebre representación de tres rostros que se ha convertido en el símbolo de Elephanta y en una de las grandes imágenes del arte indio.

El rostro central, sereno, domina la penumbra. A ambos lados surgen otros dos perfiles que expresan aspectos diferentes de la divinidad.

Tres rostros.

Una misma esencia.

Creación, preservación y destrucción reunidas en una sola figura.

Permanezco en silencio frente a ella.

Quizá sea la penumbra. Quizá las dimensiones de la escultura. O quizá saber que alguien, hace más de mil años, consiguió arrancar a la montaña esa expresión de serenidad.

Me cuesta apartar la mirada del rostro central.

Continúo recorriendo la gran cueva y encuentro otras manifestaciones de Shiva: Nataraja, señor de la danza; Ardhanarishvara, donde lo masculino y lo femenino se funden en un único cuerpo; el matrimonio de Shiva y Parvati; el descenso del Ganges… Cada relieve forma parte de un inmenso relato mitológico tallado en la piedra.

Algunas esculturas muestran las heridas del tiempo. Siglos de abandono, deterioro y distintas ocupaciones han dejado figuras mutiladas, superficies erosionadas y fragmentos desaparecidos. Los santuarios conservan las huellas de una historia tan agitada como la del propio país.

Pero incluso dañadas, las esculturas mantienen una fuerza extraordinaria.

Elephanta no es únicamente un conjunto de cuevas.

Es una montaña convertida en templo.

Después de recorrerlas, regreso lentamente hacia el exterior. La luz vuelve a golpearme tras la penumbra.

Desde esta altura se contempla la bahía y, a lo lejos, apenas perceptible entre la bruma y la distancia, se encuentra Bombay.

Hace apenas unas horas caminaba entre sus multitudes. Ahora estoy rodeado de vegetación, templos excavados en la roca y dioses nacidos de la piedra.

Una hora de navegación.

Más de mil años de distancia.

Y nuevamente tengo la sensación de que la India posee una extraordinaria capacidad para hacer convivir tiempos diferentes sin que ninguno termine de desaparecer.

Dharavi: el laberinto donde la supervivencia se convierte en industria

Después de los palacios, las estaciones monumentales, los museos y los templos excavados en la roca, quiero conocer otra Bombay.

Una que no aparece en las postales.

Dharavi.

Durante décadas se ha presentado como uno de los mayores *slums* de Asia. La palabra inglesa resulta difícil de traducir sin que pierda parte de su significado. Podemos hablar de barrio marginal, asentamiento informal o barrio de chabolas, pero ninguna de esas expresiones consigue explicar por completo lo que encuentro al entrar.

La pobreza está presente. Resulta imposible ignorarla. Pero lo que comienza a sorprenderme es descubrir que, detrás de aquellas viviendas precarias, existe una actividad económica extraordinaria.

Me interno en el laberinto de callejuelas y pronto comprendo que prácticamente cualquier espacio puede convertirse en un lugar de trabajo. Donde esperaba encontrar únicamente viviendas aparecen talleres, uno detrás de otro.

En una esquina se clasifica plástico. Un poco más adelante se acumulan piezas de metal. En otro rincón, varias personas separan, limpian y manipulan materiales que el resto de la ciudad desecha.

Botellas, envases, metales, cartones... Todo aquello que podría terminar enterrado en un vertedero encuentra aquí una segunda

oportunidad. Lo que para unos ya no tiene utilidad, para otros representa una materia prima con la que ganarse la vida.

Y esa transformación no ocurre por casualidad. Detrás de cada material recuperado hay personas que conocen su trabajo y saben distinguir lo que todavía puede aprovecharse.

Sigo caminando y asombrándome.

A cada pocos metros cambia el oficio. Talleres textiles, pequeños negocios dedicados al cuero, costureros, carpinteros, panaderías y diminutas industrias familiares ocupan espacios que, desde fuera, difícilmente habría imaginado destinados a producir nada.

Y después están los alfareros.

La cerámica forma parte de la historia de Dharavi desde finales del siglo XIX, cuando comunidades de alfareros procedentes de Gujarat comenzaron a instalarse aquí. Todavía hoy constituye una de las actividades tradicionales del barrio.

El aire cambia constantemente. A veces huele a comida; otras, a barro húmedo. Más adelante llegan los olores de los talleres, de los tejidos o de los residuos que se están recuperando.

También cambia la luz.

Algunas callejuelas son tan estrechas que las viviendas parecen inclinarse unas sobre otras y apenas dejan penetrar el sol. En determinados pasos hay que apartarse para que otra persona pueda avanzar en sentido contrario.

Y, sin embargo, por todas partes hay movimiento.

Personas transportando mercancías, hombres trabajando, mujeres cosiendo o atendiendo pequeños negocios, niños que aparecen y desaparecen entre las callejuelas.

En muchos casos, las familias desarrollan su actividad apenas a unos metros de donde viven. Comprendo entonces que en Dharavi

las palabras casa, taller y negocio no siempre designan lugares diferentes.

A veces son exactamente el mismo espacio.

Tengo ante mí una ciudad dentro de otra ciudad. Una ciudad con sus calles, sus habitantes, sus oficios y una economía propia, donde incluso aquello que Bombay desecha adquiere una nueva vida.

Pero sería injusto dejarme llevar únicamente por la admiración que despierta tanto esfuerzo.

Las viviendas precarias, la falta de espacio y los problemas de saneamiento e infraestructuras forman parte de esta realidad. Muchas familias viven y trabajan en condiciones que nadie debería considerar aceptables simplemente porque hayan aprendido a sobrevivir en ellas.

Tampoco sería justo reducir Dharavi a esas carencias.

Me detengo frente a uno de los pequeños negocios familiares. En apenas unos metros cuadrados trabajan varias personas. Padres, hijos, hermanos... Cada uno parece tener una función.

Quizá lo que obtienen apenas les permita subsistir. Pero han encontrado en aquel pequeño espacio una manera de salir adelante.

Mientras los observo, pienso inevitablemente en la Bombay que he recorrido durante los últimos días.

Los grandes hoteles, las torres de oficinas, los edificios coloniales, los barrios comerciales...

Y ahora esto.

En determinados puntos basta levantar la mirada por encima de los tejados de chapa para descubrir, a lo lejos, edificios modernos que parecen pertenecer a otra ciudad.

Pero no pertenecen a otra ciudad.

Es Bombay.

Igual que Dharavi.

La riqueza y la pobreza no están separadas por miles de kilómetros. A veces las separan unas vías ferroviarias, una carretera o un muro.

Quizá esa proximidad sea lo más difícil de asumir. Obliga a contemplar las dos realidades al mismo tiempo, sin posibilidad de fingir que una de ellas no existe.

Continúo por sus calles, entre el fango.

A estas alturas he dejado de preguntarme cómo puede sobrevivir Dharavi. La pregunta empieza a ser otra.

¿Cómo podría funcionar Bombay sin Dharavi?

Una parte de los residuos de la gran ciudad termina aquí. Sus habitantes los clasifican, los recuperan y los transforman. De sus talleres salen también objetos y mercancías que regresan a las calles, los comercios y los mercados de la misma metrópolis.

Dharavi no vive al margen de Bombay. Forma parte de su funcionamiento.

Y esa es la contradicción: una ciudad puede considerar marginal a un barrio y, al mismo tiempo, beneficiarse del trabajo de quienes viven en él.

Antes de marcharme vuelvo la mirada hacia el laberinto de callejuelas.

Durante el recorrido, nuestras miradas se han cruzado muchas veces. Soy consciente de lo que represento aquí: un extranjero con dos cámaras que recorre durante unas horas un mundo al que no pertenece.

Quienes viven en Dharavi no pueden saber qué me ha traído. Quizá algunos solo vean en mí a otro turista que viene a contemplar su pobreza.

Y puedo comprenderlo.

Por eso procuro limitarme a observar. Nunca me ha gustado acercarme a lugares como este haciendo preguntas innecesarias ni mirar a las personas con una expresión de lástima o de asombro, como si su vida cotidiana fuera un espectáculo.

En algunas miradas percibo curiosidad, quizá también desconfianza. Pero a veces basta un gesto sencillo. Alguien me saluda al pasar y correspondo con una sonrisa.

Nada más. No necesitamos hablar.

Esos breves encuentros no me convierten en uno de ellos. Sigo siendo un extranjero de paso. Pero siento que, durante unos segundos, se acorta la distancia entre quien observa y quien es observado.

Ante mí hay personas. Y quizá ellas dejen de ver, por un instante, únicamente a un turista.

Cuando abandono Dharavi no siento que haya comprendido el lugar. Quizá nadie pueda comprender en unas horas una realidad construida durante generaciones.

Me llevo algo más sencillo.

Detrás de cada tejado de chapa, de cada taller improvisado y de cada callejuela que acabo de recorrer hay una historia que desconozco.

Y pienso que quizá la mayor injusticia sería regresar a mi mundo y recordar a sus habitantes únicamente por su pobreza.

Después de todo lo recorrido durante el día, y especialmente de esta última experiencia, empiezo a sentirme cansado y algo decaído.

No es la primera vez que me enfrento a una realidad semejante. En otros viajes por la India he contemplado situaciones incluso más difíciles. Hace tiempo aprendí que no estoy aquí para cambiar un país que apenas alcanzo a comprender, sino para observarlo, intentar entenderlo y contar cuanto veo.

Pero haberlo observado no significa haberme vuelto indiferente.

Dharavi me ha entristecido.

Decido que por hoy es suficiente. Tomo un taxi y emprendo el camino de regreso al Taj Mahal Palace.

Después de cenar retomo mi rutina. Pongo a cargar las baterías de las cámaras, descargo y ordeno las fotografías del día y dedico un buen rato a escribir mis notas, mientras las imágenes permanecen frescas en la memoria.

Antes de acostarme reviso el correo.

Hay varios mensajes relacionados con el trabajo.

Ninguno de Hellen.

Lo cierto es que empiezo a dudar de que pueda reunirse conmigo.

No quiero pensar demasiado en ello.

Bombay todavía me espera.

Antilia

A la mañana siguiente continué recorriendo Bombay. Uno de los lugares que quería contemplar me llevaría inevitablemente a recordar lo que había visto el día anterior. Dharavi seguía demasiado reciente en mi memoria. Quizá por eso, cuando llegué

a Altamount Road y levanté la mirada hacia Antilia, me resultó imposible contemplar aquel edificio únicamente como una extraordinaria obra de arquitectura.

Ante mí se levantaba una de las residencias privadas más costosas del mundo. Antilia pertenece a Mukesh Ambani, presidente de Reliance Industries y uno de los grandes empresarios de la India contemporánea. Su fortuna se cuenta entre las mayores del planeta y su residencia de Bombay parece concebida precisamente para desafiar cualquier idea convencional de lo que significa una vivienda.

El edificio tiene veintisiete plantas, pero decirlo resulta engañoso. La extraordinaria altura de algunos de sus niveles hace que alcance unos 170 metros, equivalentes a los de un edificio convencional con muchas más plantas. En total, la residencia suma alrededor de 37.000 metros cuadrados de superficie.

Me detuve frente a ella. Intenté imaginar lo que significaban aquellas dimensiones. Veintisiete plantas. Treinta y siete mil metros cuadrados. Una sola residencia. No necesitaba añadir nada más.

Antilia fue diseñada por el estudio estadounidense Perkins & Will y construida durante la primera década de este siglo. Su arquitectura resulta difícil de comparar con la de cualquier edificio residencial convencional. Los distintos volúmenes parecen superponerse hasta formar una enorme estructura vertical de geometrías cambiantes.

En su interior se encuentran seis plantas destinadas al aparcamiento, con capacidad para más de un centenar de automóviles; una sala de cine privada, espacios de ocio y bienestar, dependencias religiosas y varias plantas reservadas a la familia. Todo ello, mantenido por un numeroso equipo de empleados.

Algunas estimaciones han situado su valor entre los mil y los dos mil millones de dólares, cifras tan extraordinarias que terminan

resultando difíciles de comprender. Pero, mientras contemplaba Antilia, había algo que me interesaba más que conocer cuántos automóviles podían estacionarse en su interior o cuántos millones había costado construirla.

Pensaba en Dharavi. Apenas un día antes había caminado por lugares donde varias personas compartían unos pocos metros cuadrados y donde una familia podía utilizar el mismo espacio para vivir y trabajar. Ahora tenía ante mí una residencia de decenas de miles de metros cuadrados perteneciente a una sola familia. Las dos cosas existían en la misma ciudad.

No quería convertir aquella comparación en un juicio sencillo. La riqueza de Mukesh Ambani procedía de un gigantesco grupo empresarial que había contribuido a transformar sectores enteros de la economía india y daba trabajo, directa o indirectamente, a innumerables personas. Tampoco la pobreza de Dharavi podía explicarse simplemente por la existencia de grandes fortunas. La realidad era mucho más compleja. Pero el contraste estaba allí y resultaba imposible no verlo.

Antilia me impresionaba de una manera diferente a otros grandes edificios que había contemplado durante mis viajes. No por su altura, su precio o su extravagante arquitectura, sino por el contraste con lo que había visto el día anterior.

En Dharavi, miles de personas aprovechaban cada metro disponible para vivir y trabajar. Aquí, una sola residencia ocupaba una superficie difícil de imaginar.

Me quedé unos instantes contemplándola. No sentía admiración ni rechazo. Solamente desconcierto. Bombay no podía explicarse desde ninguno de sus extremos: ni desde Dharavi ni desde Antilia. La ciudad estaba formada por ambos y por todo cuanto existía entre ellos.

Mani Bhavan: la casa donde despertó una nación

Después de Dharavi y Antilia, mi siguiente destino parecía casi una consecuencia natural de cuanto había contemplado durante aquellos dos últimos días. Había visto la pobreza y una de las residencias privadas más costosas del planeta. Ahora quería visitar la casa desde la que uno de los hombres más influyentes del siglo XX defendió una forma de vida basada precisamente en la sencillez.

No pretendía establecer comparaciones fáciles. Nadie está obligado a renunciar a aquello que legítimamente ha conseguido, ni la prosperidad constituye por sí misma algo censurable. La cuestión quizá fuera otra: preguntarse hasta qué punto el progreso de unos puede contribuir también a crear oportunidades para quienes apenas disponen de ellas.

Pensando en ello, llegué a Gamdevi. En el número 19 de Laburnum Road se encuentra Mani Bhavan. A primera vista, resulta sorprendentemente discreta: una casa de dos plantas, de aspecto colonial, rodeada de vegetación y alejada de cualquier pretensión monumental. Después de contemplar Antilia, aquella fachada parecía pertenecer no solamente a otra parte de Bombay, sino a otra manera de entender el mundo. Sin embargo, pocas casas de la ciudad habían albergado tanta historia.

Entre 1917 y 1934, durante sus frecuentes estancias en Bombay, Mahatma Gandhi se alojó allí y convirtió Mani Bhavan en uno de los principales centros de su actividad política en la ciudad. La vivienda pertenecía a Revashankar Jagjeevan Jhaveri, amigo de Gandhi, que lo acogía durante aquellos periodos.

Desde aquellas habitaciones se impulsaron algunas de las iniciativas que acabarían marcando la lucha por la independencia: el *satyagraha*, la desobediencia civil, el movimiento *swadeshi* y la

defensa del *khadi*, un tejido elaborado artesanalmente que Gandhi convertiría en símbolo de autosuficiencia frente a los productos británicos.

Entré. El silencio contrastaba con el Bombay que había dejado al otro lado de la puerta. Las escaleras de madera conducían hacia unas habitaciones donde fotografías, documentos, cartas y objetos personales reconstruían no solamente la vida de Gandhi, sino también una parte esencial de la historia contemporánea de la India.

Avancé despacio entre fotografías de diferentes etapas de su vida y documentos relacionados con la lucha por la independencia. La casa albergaba también una biblioteca dedicada a su pensamiento y a los movimientos políticos y sociales de los que había formado parte.

Se conservaba, además, una serie de pequeños dioramas. A través de aquellas escenas en miniatura podían seguirse algunos de los episodios fundamentales de su vida: sus campañas políticas, los movimientos de resistencia no violenta, sus encarcelamientos y los acontecimientos que terminarían conduciendo a la independencia. Resultaba curioso contemplar acontecimientos capaces de movilizar a millones de personas representados mediante figuras diminutas detrás de un cristal.

Pero había una habitación que atraía especialmente mi atención: la que Gandhi había utilizado durante sus estancias en Mani Bhavan. Me detuve ante ella. Todo parecía reducido a lo esencial: una sencilla zona de descanso, libros, objetos personales y la rueca. Aquel pequeño instrumento quizá explicaba mejor que muchas páginas de historia una parte de su pensamiento.

La rueca no era únicamente una herramienta para hilar algodón. Era un símbolo. Durante el dominio británico, buena parte del

algodón producido en la India se transformaba industrialmente en el extranjero y regresaba después al mercado indio en forma de tejidos manufacturados. Gandhi convirtió el hilado doméstico y el *khadi* en una forma de resistencia económica: producir, hilar y vestir tejidos propios significaba reducir la dependencia de los productos británicos y devolver trabajo a las comunidades locales.

Una acción aparentemente insignificante: hacer girar una rueca. Pero detrás de aquel movimiento había una idea política. Autosuficiencia, dignidad, resistencia.

Aquella habitación me llevó a recordar algunos de los acontecimientos que habían tenido su origen en Mani Bhavan. Desde allí se impulsó en 1919 el *satyagraha* contra las leyes Rowlatt y Gandhi desarrolló parte de su actividad relacionada con la desobediencia civil.

Pensé entonces en algo que me resultaba difícil ignorar. Había llegado hasta allí después de contemplar Antilia, y ahora me encontraba en una vivienda discreta desde la que un hombre vestido con enorme sencillez había contribuido a desafiar al mayor imperio de su tiempo. No necesitaba decidir cuál de aquellas dos imágenes representaba mejor a la India.

Pero Mani Bhavan conservaba todavía otro lugar estrechamente unido a la historia de Gandhi: la terraza. Subí hasta ella. Resultaba difícil imaginar que aquel espacio tranquilo hubiera sido escenario de uno de sus arrestos.

Gandhi había regresado a Bombay el 28 de diciembre de 1931, después de participar en Londres en la Segunda Conferencia de la Mesa Redonda. Las negociaciones no habían dado los resultados que esperaba y, de vuelta en la India, el enfrentamiento con las autoridades británicas parecía inevitable. Él mismo sabía que podían detenerlo.

En la madrugada del 4 de enero de 1932, Gandhi dormía en una tienda instalada en la terraza de Mani Bhavan. A las tres, dos automóviles de la policía se detuvieron frente a la casa. El comisionado de Policía de Bombay y varios agentes entraron en el edificio. Su hijo Devadas fue quien lo despertó para comunicarle que habían venido a detenerlo. Era lunes, su día de silencio. Gandhi leyó la orden de arresto y pidió disponer de unos minutos antes de marcharse.

Intenté imaginar la escena: la oscuridad de la madrugada, la policía esperando, la familia y sus colaboradores despertándose precipitadamente. Y Gandhi, sabiendo que nuevamente iba a ser encarcelado, preparándose sin abandonar la serenidad que había convertido en una de sus mayores armas políticas.

Antes de partir se celebró la oración en aquella misma terraza. Su equipaje para la prisión era sorprendentemente escaso: una rueca portátil, una colchoneta, dos bolsas, una cesta con fruta, unas sandalias y una botella para la leche. Nada más. Después descendió las escaleras de Mani Bhavan y salió a la calle. Treinta y cinco minutos después de la llegada de la policía, subió al automóvil que lo conduciría a la prisión de Yeravda, en Poona.

Me quedé unos instantes contemplando la terraza. Habían transcurrido muchas décadas. Ya no había policías, ni seguidores esperando en silencio, ni un hombre preparándose para regresar a prisión. Solo quedaba aquel espacio tranquilo sobre los tejados de Bombay. Pero conocer lo sucedido allí cambiaba por completo la manera de contemplarlo.

Porque la historia no siempre ocurre en grandes palacios, parlamentos o campos de batalla. A veces sucede en la terraza de una casa. Y quizá fuera eso lo que más me impresionaba de Mani Bhavan: que una vivienda tan sencilla hubiera sido escenario de

Los escenarios de la novela



Bombay

La ciudad y sus contrastes.



Nasik

La vida junto al agua.